

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

94

LETRAS LIBRES
MARZO 2012

VENEZUELA Y LA OPOSICIÓN ELECCIONES PRIMARIAS: ¿ENSAYO GENERAL?

IBSEN MARTÍNEZ

“**B**rutalidad de la prudencia” llamó Pier Paolo Pasolini a la calculada reticencia que mostraban los activistas de oposición con quienes había hablado yo en las semanas que precedieron a las elecciones primarias. Muchos de ellos, quizá demasiado acostumbrados a perder elecciones ante el carisma y la munificencia de Chávez, contaban y pesaban sus palabras, por no alentar engañosos entusiasmos.

Embrutecido por esa misma prudencia, acostumbrado también a perder indefectiblemente mi voto opositor desde mucho antes de la Era Chávez, acudí el domingo al colegio donde estoy registrado en la calle real de Prado de María, dispuesto a reportar otra decepción. La sorpresa fue mayúscula: creí estar en unas elecciones presidenciales, tan larga era la cola de votantes.

La gran afluencia y la conducta de los votantes visibles en los centros de votación de todo el país dejaba ver que la consigna de la Mesa de Uni-

dad Democrática (MUD) de alcanzar la mayor participación posible había sido atendida. En las colas del oeste de Caracas se advertía desafío y júbilo. Particularmente notable fue el crecimiento de la participación juvenil, constatada en centros electorales de muy diverso estrato y en todas las regiones del país. En Guayana, la muy opositora región siderúrgica que alberga a la mayor representación sindical del país y donde la conflictividad social es muy acusada, las colas mostraban desde temprano un talante carnavalesco y retador. Lo que me lleva a hablar de los suboficiales y soldados que resguardan el material electoral y garantizan orden público.

Apenas una semana antes, el sábado 4 de febrero, Hugo Chávez presidió una parada militar a todo trapo. El motivo fue conmemorar la fecha aniversaria de su fallida intentona de golpe militar, en 1992. Característicamente, al mismo tiempo que Chávez no deja de tachar a sus adversarios de “golpistas”, a propósito del golpe que lo apartó del poder durante menos de veinticuatro horas en abril de 2002, su talante megalómano lo ha llevado a hacer de una sangrienta astracanada que culminó para él en rendición y cárcel una “sublevación cívico-militar contra la oligarquía y el neoliberalismo” del extinto Carlos Andrés Pérez.

Los días previos a la magna celebración, los caraqueños nos vimos ultrajados por las ruidosas maniobras de los cazas Sukhoi rusos que, sobrevolándonos, evocaban otra cruenta bufonada que, meses más tarde, siguió a la intentona del 4-F. Durante el desfile, oficiales de alto mando reiteraron pretorianamente su compromiso personal con Chávez. “La Fuerza Armada es chavista”, declaró el comandante del desfile.

Por contraste, la socarrona simpatía que los suboficiales y efectivos de tropa, custodios de la elección primaria, mostraban a los votantes en las colas nutrió los comentarios de todo el mundo, tanto en Twitter como en las busetas por supuesto. Esto no lo dicta mi subjetividad; fue la apreciación de millones de votantes en todo el país.

Se trata de algo que debería dar qué pensar al generalato chavista que ha llegado a amenazar con desconocer los resultados de octubre si llegasen a serle adversos a la Revolución Bolivariana. No es desdeñable el hecho de que estas manifestaciones de parte de los “soldaditos” se registrasen solo una semana después del gran desfile militar del Día de Júbilo Nacional.

Imparto ahora un par de ocurrencias del día en que todo hacía esperar que el miedo a ser despedido de su trabajo, en un país donde el Estado es el gran empleador, inhibiera a muchos descontentos de manifestarse en las primarias. La primera: muchos habitantes de barriadas conocidas como “rojas-rojitas”, esto es, donde impera la intimidación, *à la cubaine*, de los llamados “colectivos bolivarianos”, se registraron masiva, espontáneamente y con la debida antelación en centros de votación distantes de sus hogares. Otra: en Caracas, donde las favelas se extienden sobre cerros inaccesibles como no sea en vehículos rústicos —cuyos choferes son llamados *jeepseros*—, este cronista pudo ver cómo, desafiando la coacción, una cooperativa de transporte se dedicó a bajar y subir votantes *gratuitamente*. Algo que en cualquier elección pasada no habría dejado de tener consecuencias sumamente graves para los choferes.



+ Henrique Capriles Radonski.

¿Qué cabe esperar de Henrique Capriles Radonski como candidato opositor en las presidenciales de octubre de 2012? Para empezar, la vocación unitaria tanto de la MUD como del electorado opositor garantiza que Capriles parte con tres millones de votos en el bolsillo. Esto significa que la oposición, que ha venido de menos a más en las últimas elecciones, y que ya hace poco más de un año obtuvo 52 por ciento de los votos por sobre el chavismo en elecciones parlamentarias, cuenta ahora con un candidato muy consensuado y matemáticamente ganador. Por lo que atañe al equipaje político de Capriles, no es aventurado decir que su exitosa trayectoria como gobernador estatal y su talento concertador hacen de él un candidato capaz de captar votos entre los millones de decepcionados electores chavistas. La victoria de Capriles, de paso, demuestra lo que –¡al fin!– repiten hasta los analistas más cautelosos: el mito de la maquinaria electoral de Acción Democrática y Un Nuevo Tiempo, vetustos partidos que apoyaron la candidatura del gobernador del petrolero estado Zulia, Pablo Pérez, es solo eso: un mito del pasado. La fuerza de la inventiva de las organizaciones sociales no partidistas resultó tan decisiva como el músculo de Primero Justicia, el joven partido nacional de centro derecha, liderado por Capriles.

La candidatura de Capriles hace ahora más viable una coalición elec-

toral que vaya más allá de la confederación de vetustas burocracias que partidos como AD y UNT han representado hasta ahora en el seno de la MUD. Esta elección deja ver que acaso Chávez haya tenido razón al decir que ni AD, ni sus mustios desprendimientos como UNT, ni el desvencijado COPEI (demócrata cristiano) volverán. Parece la hora de una vasta coalición de *toda la sociedad organizada*, y ya no solo de los partidos que se han arrogado su representación.

Tan vasta como es grande la sorpresa que estas elecciones primarias han deparado a todos los venezolanos. Muy especialmente al comandante Chávez. —

VENEZUELA Y EL GOBIERNO LA INVENCIÓN DEL PASADO

✎ ALBERTO BARRERA TYSZKA

Para celebrar los veinte años del intento de golpe de Estado del 4 de febrero de 1992, el gobierno de Hugo Chávez organizó un fastuoso desfile militar. No podía ser de otra manera. Cualquier espectáculo es, en sí mismo, una definición. En Venezuela, hay todavía quien cree que una marcha de gente con uniforme y con armas es una alegría, una fiesta impresionante.

Al momento de pedir permiso para iniciar el desfile, el general Clíver Alcalá, montado en un tanque de guerra, le anunció al comandante en jefe de la Revolución que en el acto participarían 12,400 “compatriotas revolucionarios, socialistas, antiimperialistas y chavistas”. Sin duda, no se trataba de una improvisación. Esa frase, que ubicaba a la Fuerza Armada Nacional en el bando político del presidente, era también parte del espectáculo. Se articulaba de manera perfecta con el discurso, cada vez más beligerante y militarista, que va construyendo –hacia adelante y hacia atrás– una nueva cultura oficial en Venezuela.

Primero fue un “golpe de Estado”. Luego una “rebelión”. Más tarde se

convirtió en el Día de la Dignidad. Ahora, veinte años después, el 4 de febrero es una fecha patria, un suceso histórico: La Revolución de Febrero. En mayúsculas y con himnos, con aires de epopeya nacional. El mismo día, el mismo suceso, ha ido transformándose con el paso de los años. La memoria del poder es adicta a la cirugía plástica. Usa bótox y colágeno. No quiere una sola arruga en su historia.

La burocracia bolivariana constituyó una Comisión Presidencial para la Organización de las Actividades y Actos Conmemorativos del Vigésimo Aniversario de la Rebelión Cívico-Militar del 4 de Febrero de 1992. La actividad cultural también fue convocada al festejo: concursos, con buenos premios en metálico, en las categorías de “Arte Popular”, “Estatuaria”, “Crónica”, “Poesía, Décimas y Coplas”, “Fotografía”... con un único tema, por supuesto. Las obras presentadas debían estar referidas, ensalzar y destacar el “proceso histórico” relacionado con “la rebelión del 4 de febrero de 1992”. La citada Comisión Presidencial aclaraba, por no dejar, que se trataba de una conmemoración enrumbada hacia la Misión 7 de Octubre, día fijado para las próximas elecciones presidenciales: una manera de enfrentar al enemigo porque “todo el aparato ideológico del capital actúa para borrar la memoria y deformar el recuerdo”.

La frase es extraordinaria. Más que una frase es un espejo. Porque cualquiera podría haber denunciado lo mismo: todo el aparato ideológico del gobierno actuaba para borrar la memoria y deformar el recuerdo. Lamentablemente, la experiencia del intento de golpe de Estado en el año 2002 está todavía fresca. ¿Por qué el 4 de febrero es ahora una fiesta revolucionaria y el 11 de abril un indignante intento terrorista? No hay forma de justificarlo, a menos que se acuda a la obviedad de entender que los militares que dieron el golpe del 92 están ahora en el poder y controlan el país. Los dos actos, objetivamente, extendidos bajo la luz de un quirófano, son



Foto: EFE / David Fernández

• Soldados en el desfile del 4 de febrero en Caracas.

demasiado parecidos. Sus justificaciones son distintas pero, fácticamente, trataron de hacer lo mismo: derrocar por la fuerza, desconociendo las leyes y traicionando a las instituciones, a un gobierno legalmente constituido.

Quien se asome a las propuestas y a los postulados teóricos de los golpistas de 1992, quizá se quede sorprendido. No hay una sola mención a Fidel Castro. No hay ni siquiera un tono que suene demasiado a izquierda, a proyecto de cambio, tal y como hoy nos lo quieren vender. La idea de la revolución es una ficción que viene después, que nace desde el poder y se expande hacia el pasado y hacia el futuro. Esa es su naturaleza: quiere ser eterna.

El 4 de febrero de 1992 hubo un intento de golpe de Estado, un fracaso militar. Un poco después, el propio Hugo Chávez confesó que ese día se sentía “desmoronado, derrotado”, pensaba que había “puesto la torta del siglo”, que se había rendido y encima había llamado a todos sus compañeros a rendirse. Pero, en ese mismo día, también tuvo un triunfo mediático, un instante que, a la postre, impulsaría su futura carrera política. El 4 de febrero es, en realidad, un día de *rating*, de hechizo televisivo. Tal vez sería mejor que la Comisión Presidencial hablara más bien de la conmemoración del vigésimo aniversario del lanzamiento mediático de Hugo Chávez. Eso sería mucho más honesto, más justo. ¡Dos décadas de trayectoria! ¡Vamos todos al estadio! ¡Celebremos juntos un gran show nacional!

¡Con la participación de grandes artistas nacionales internacionales, Hugo Chávez repetirá su famoso éxito de hace veinte años!

Porque la pretensión heroica sobra. Porque la épica guerrera está de más. Como en la mayoría de las intentonas, el golpe de Estado del 92 también tuvo mucho de cobardía y de deslealtad. No es un secreto. El mismo Chávez se lo dijo, hace años, a Marta Harnecker: la mayoría de los soldados que participaron en el golpe “no sabían nada”, fueron llevados a la guerra con mentiras. Los utilizaron para conspirar contra el Estado, sin decirles de qué se trataba. Arriesgaron sus vidas bajo engaño. Murieron 35.

Desde el poder, desesperadamente, Hugo Chávez sigue intentando obtener lo que tanto le hace falta: una épica. En estos días, su gobierno se dedica más a mejorar su pasado que el presente de todos los venezolanos. —

CHICHÉN ITZÁ ARQUEOLOGÍA DISTORSIONADA

✎ JORGE GAMBOA

Chichén Itzá, el más conocido sitio construido por los mayas, da pena. Da pena íntima al verlo invadido por más de dos mil ambulantes y da pena ajena compartir la experiencia con cientos de visitantes extranjeros.

Lo visité en la última semana del 2011. Primer *shock*: la unidad de

servicios proyectada por el prominente arquitecto mexicano Teodoro González de León está irreconocible. Sobre su fachada, una vulgar lona de plástico con una mala foto del Castillo anuncia lo innecesario: Bienvenidos a Chichén Itzá. El corredor que organiza todo el edificio ha sido pintado con colores discordantes ajenos al proyecto original. En el patio se ha instalado una isla concesionada que anula el espacio y que tiene un diseño de centro comercial de mediana categoría.

La cola para comprar boletos se extendía cien metros con una espera de más de una hora para después ¡hacer otra cola para otro boleto! Esta extraña administración, probablemente única en el mundo, obedece a que los ingresos se dividen entre el INAH y el gobierno de Yucatán pero es inconcebible que no se pueda organizar de una manera sencilla como en todos los museos y sitios en México y fuera de él.

Por fin pudimos entrar para descubrir que el recorrido iniciaba entre dos hileras de puestos que ofrecían souvenirs y artesanías. Lo mismo se repitió en los trayectos desde la gran explanada hacia el Cenote Sagrado o hacia la zona de Chichén Viejo. El camino al Cenote Sagrado, de trescientos ochenta metros de largo, es un *sakbé* maya construido sobre un terraplén perfectamente alineado para realizar procesiones, es también un monumento ahora ocupado por la doble fila de ambulantes que impiden contemplarlo y entender su significado. Estimo que los ambulantes ocupan cerca de mil metros lineales del acceso y las conexiones principales. En total deben ser alrededor de seiscientos cincuenta puestos cada uno con dos o tres personas que los atienden.

Los trayectos a lo largo de estos pasillos son verdaderamente penosos. Las mujeres son albureadas, la insistencia es molesta y el ruido irritante incluye el producido por unos aparatos que rugen como jaguar.

Aunque se pretenda ignorarlos es imposible no analizar su oferta: productos horribles, de mal gusto, pési-

mamente manufacturados y muchos de ellos desconectados de la cultura local. Ídolos de plástico, tapices de colores discordantes mostrando princesas mayas de calendario, sarapes de Saltillo, calendarios aztecas, máscaras de luchadores, camisetas con albures, serpientes de toda laya, chacs y chacmoles de plástico. La mayoría de los puestos venden lo mismo lo que denota una organización que suministra los artículos (¿chinos?) y por ningún lado aparecen artesanos independientes.

Como este fenómeno no existe en ninguno de los otros sitios arqueológicos de la península se infiere que condiciones políticas locales, probablemente derivadas de las décadas de conflicto entre el INAH y el propietario de las tierras, son las que propician esta desafortunada realidad. Pero ninguna justificación es válida ante el tamaño del oprobio que afecta las bases mismas de los intentos de construcción de la imagen del México contemporáneo.

En primer lugar, la pirámide del Castillo es una de las imágenes más difundidas del mundo prehispánico. México y Yucatán la han utilizado durante décadas en su promoción turística nacional e internacional. Además, al ser el sitio arqueológico importante más cercano a Cancún es visitado por miles de turistas extranjeros que no acuden a ningún otro sitio. Además, la densidad cultural de la península de Yucatán ofrece al visitante una de las más ricas experiencias arquitectónicas del mundo al visitar sus sitios prehispánicos, arquitectura religiosa colonial, haciendas del siglo XIX y la arquitectura tradicional de sus pueblos, todo ello en un espacio geográfico seguro, relativamente pequeño y bien comunicado.

La experiencia general es ordenada, desde el imponente Uxmal hasta las pequeñas iglesias del siglo XVI que se encuentran en decenas de pueblos. Los sitios arquitectónicos están libres de ambulantes y las explanadas en que se sitúan los edificios están sembradas de pasto. Las iglesias están pintadas, en funcionamiento y es fácil visitarlas. Incluso las ruinas de haciendas son accesibles y seguras. Todo ello comu-

nicado por carreteras en buen estado que se han ampliado y mejorado en la última década. Estas condiciones imbuven en el visitante un sentido de confort y tranquilidad que realza la experiencia estética, lo que hace aún más desconcertante la experiencia de Chichén Itzá.

La transgresión más importante es al estado de derecho. El Instituto Nacional de Antropología e Historia es por ley el encargado de cuidar el patrimonio arqueológico de México. En general, el INAH es muy estricto cuando se trata de la intervención de propiedades privadas que caen bajo su mandato. Pero ese celo por respetar la ley no se aprecia en Chichén Itzá. Ahí se violan ostensiblemente las leyes de protección al patrimonio, laborales, fiscales y diversas disposiciones sanitarias, de protección civil y de protección a la propiedad intelectual. Una manera de demostrar que la vigencia del estado de derecho no es mera retórica sería aplicarlo en el sitio arqueológico más conocido del país.

En el fondo el grave problema de Chichén Itzá es de gobierno. Con los instrumentos legales existentes, el INAH lo debería mantener en óptimas condiciones. Tampoco puede aducirse la falta de recursos ya que, por ejemplo, el día de diciembre que visité Chichén Itzá estimo que ingresaron a las cajas alrededor de un millón y medio de pesos. Correspondería al gobierno federal, a través de la SEP, Conaculta y el INAH, concretar con el gobierno estatal y el municipal una solución estructurada sin minimizar las implicaciones humanas y políticas del tema, ya que en este caso el propósito del “bien común” que debe normar toda acción pública está del lado del respeto al sitio arqueológico.

Aunque se podría aducir que el desorden en Chichén Itzá obedece a un tema de empleos para una población marginada. En primer lugar, la calidad de los empleos es lamentable. La mayoría de los puestos ofrecen lo mismo, por lo que venden muy poco, y cada uno lo atienden hasta tres personas. El ruido y la agresión verbal a las turistas viene de que pasan

el tiempo platicando y jugando con una mínima productividad. Por otro lado, Yucatán no es un estado con altos índices de desempleo. La industria turística y los servicios han sustituido en buena medida a la producción agrícola y ganadera. Y un sitio limpio y ordenado con un plan de desarrollo económico alrededor de Chichén Itzá traería más beneficios económicos que el empleo de subsistencia existente.

Finalmente es paradójico que sean las instituciones que deben velar por la cultura y la educación las que permitan el deterioro que trasmite al visitante nacional y extranjero una visión distorsionada de la cultura maya. Lo que ahí se vende no son artesanías sino objetos de producción en serie que irán a parar a los hogares de mexicanos y extranjeros como representación de nuestra cultura. El colmo lo constituyen las camisetas con el calendario azteca con una leyenda que dice Chichén Itzá.

Con el edificio de servicios deteriorado, los ambulantes que impiden disfrutar la experiencia de deambular entre los edificios y la pésima calidad de los objetos que se venden la experiencia cultural y educativa de los visitantes es lamentable. El visitante normal no aprende nada y se va con una imagen distorsionada y alejada de la experiencia estética, cultural y educativa que el Estado mexicano debería promover. —



✦Chichén Itzá, paraíso perdido.

ANÁLISIS

TELECOM: DISCURSO Y REALIDAD

RAMÓN COTA MEZA

Según el discurso oficial, la industria de la telecomunicación está estancada o provoca estancamiento económico porque es “monopólica”, de lo cual se sigue que tal estructura debe ser rota (a fuerza, si es necesario) para dar paso a la competencia, que traerá una era de prosperidad y precios bajos. Pero en la realidad la industria de la telecomunicación crece más del doble que el resto de la economía con efectos benéficos indudables para un número creciente de usuarios de todos los segmentos económicos y sociales. Alguien está equivocado.

El discurso alega la necesidad de competencia como si no hubiera ocurrido ya. El caso a examinar es el de Estados Unidos, donde hubo más de trescientos setenta pequeños operadores el año 2000. Ahora dos grandes se reparten tres cuartas partes del mercado, mientras el regulador se esfuerza por evitar mayor concentración y dar vida artificial a un número indeterminado de pequeños. El panorama en el resto de los países es similar: de uno a tres operadores se reparten el mercado, rodeados por muchos operadores pequeños protegidos por el regulador para mantener las apariencias competitivas, pero que en realidad esperan fusionarse antes de tirar la toalla.

Esta situación da la razón a Eli M. Noam, quien hace diez años escribió en *How Telecom is becoming a cyclical industry, and what to do about it*:

... la ciclicidad será inherente al sector en el futuro. Para tratar tales inestabilidades, la respuesta más efectiva de empresas e inversionistas será buscar la *consolidación* y la *cooperación*. En consecuencia, la estructura de equilibrio del mercado probablemente será *oligopólica*. Esto significa que el gobierno, si busca la estabilización, deberá reexaminar su enfoque de política básico, que se

ha centrado hace mucho en habilitar a la competencia. Y esto significa que la estructura de las redes futuras lucirá más como la vieja industria de telecomunicación y menos como la nueva internet.

La estructura oligopólica de la industria tiene que ver con la importancia de las economías de escala. Todas las actividades económicas basadas en redes necesitan alcanzar cierta escala para generar rendimientos. La necesidad de alcanzar escala es inherente a la red misma, así que hay que lanzarla lo más lejos posible para capturar el mayor número de peces. Solo así se pueden compensar los enormes y siempre crecientes costos fijos de la industria: infraestructura extensa y sofisticada, fuerza de trabajo especializada y tasa de obsolescencia tecnológica muy rápida en condiciones de innovación constante. Por eso la industria no tiene lugar para los operadores pequeños, salvo de manera artificial y por muy poco tiempo.

Por otro lado, una vez que se tiene una red nacional, resulta redundante y antieconómico tener otras más. De ahí que la “competencia” en el sector sea muy relativa. El caso mexicano es muy elocuente: todos los participantes quieren “competir” contra Telmex-Telcel usando su red “a precios competitivos”, no creando sus propias redes, salvo en lugares de alta concentración de usuarios. “Precios competitivos” significa que el operador dominante venda por debajo de sus propios costos para hacer prosperar a sus propios competidores. Suena ridículo pero así es como están las cosas.

Para esconder este juego tan absurdo, los reguladores y sus aliados difunden sofismas y falacias, como el método basado en comparar precios entre países. Ya que los precios son resultado de muchos factores que se conjugan en la realidad de cada país, toda comparación debe ser cuidadosamente matizada, de modo que su fuerza demostrativa nunca será concluyente. No podemos poner de ejemplo los muy bajos precios de Hong Kong porque su numerosa

población (de alto poder adquisitivo) está concentrada en un territorio pequeño. La red de Hong Kong rinde mucho más que la de cualquier otro país, de ahí que los precios sean muy bajos. Los precios de Canadá, en cambio, son altos porque su densidad de población es muy baja y su red muy extensa. Hay muchos otros factores a considerar, pero este no es el lugar para hacerlo.

Otra argucia es el uso peyorativo del término legal “monopolio” contra el operador dominante. La palabra “monopolio” está cargada de referencias demagógicas y resulta inadecuada para designar los objetos económicos a que alude. Se supone que los monopolios son malos porque crean ineficiencia, estancan la innovación y aumentan los precios. Pero ninguna de estas características se presenta en las empresas de telecomunicación dominantes. Al contrario, han resultado ser eficientes e innovadoras, manteniendo precios bajos o con tendencia a bajar. En vez de “monopolio” deberíamos usar la expresión neutral “concentración económica” por ser acorde con la forma del crecimiento. Como dijo Schumpeter: “El crecimiento económico es una sucesión de concentraciones.”

La contradicción entre la estructura de largo plazo del sector y el objetivo político de inducir y proteger la participación del mayor número de competidores posible ha provocado agrias disputas entre los actores. Para beneplácito de gran parte de la opinión pública, la clase política mexicana ha llegado al extremo de habilitar al regulador con facultades extraordinarias para inducir la competencia forzosa. Si el mundo ya conoció los estragos de la colectivización forzosa comunista, estamos a punto de conocer los de la competencia forzosa capitalista.

Todo para nada, pura banalidad del mal, oportunismo político y negligencia intelectual. La industria no mejorará mediante la competencia protegida por el gobierno. Los beneficios de la estructura oligopólica o de proveedor dominante actual son altos y podrán serlo más. Ahí está la

alianza Telmex-Lucent/Alcatel para desplegar la red de banda ancha en el país (más de ocho mil millones de dólares). Tendremos mucha mayor capacidad de transmisión de datos a precios bajos... ¿Por cuánto tiempo?

Es probable que la combinación de gran eficiencia y precios bajos sea transitoria y que, una vez que la estructura oligopólica sea aceptada como natural, los operadores tiendan a estabilizarse o a estancarse y a aumentar precios. Es probable incluso que los proveedores del servicio y los fabricantes de equipo se coaliguen para frenar el ritmo de innovación tecnológica. Cuando esto ocurra emergerá la cuestión de la estatización de la industria, como lo muestra la historia de todos los servicios públicos. Se abriría así un nuevo ciclo. —

SICILIA-KRAUZE

UNA NOTA LIBERAL CONTRA EL LIBERALISMO

JULIO HUBARD

La imaginación de los políticos vuela tan alto como los cocodrilos. Hay que agradecer a Enrique Krauze y Javier Sicilia el ejemplo de una discusión en el nivel de las ideas.

Krauze ha escrito un libro de gran calado: *Redentores*. Sicilia no solo explica su importancia, sino que cuestiona su punto de partida liberal. Magnífico: nada mejor que el liberalismo cuestione su fundamento. Su crítica me recuerda la más importante hecha a *Una teoría de la justicia* de Rawls por Robert Nozick: la cuestión fundamental no es la forma de concebir la justicia en el estado, sino si debe existir el estado —en tanto que su conformación misma implica una injusticia.

El espíritu anarquista está presente como bajo continuo en una buena parte de la izquierda liberal, verde y cristiana sin que parezca un tema central, aunque lo es. Ni el cuestionamiento ni el rechazo del estado pueden hacerlo desaparecer, pero



Foto: Eduardo Miramón / ProcesoFoto / DF

pueden y deben mantenerlo bajo escrutinio y azuzar la imaginación práctica. Y eso han hecho Krauze, el historiador que interroga a doce redentores, y Sicilia, el poeta que sueña en sociedades justas. Deshilachando el liberalismo, todos los hilos cuelgan de una misma alcayata: limitar el poder.

Dice Sicilia que

ese liberalismo, que se expresa a través del nosotros democrático, tiene un doble fondo que oculta una forma totalitaria disfrazada de libertad. En primer lugar [...] la búsqueda de instalar al individuo dentro de un plan y un programa, no son solo el fruto de los Estados totalitarios, sino también, y antes, el producto de la situación objetiva de la técnica y del mercado que están en el fondo de la sociedad liberal y que, bajo el peso de la producción, el consumo, la publicidad y la manipulación ideológica de la técnica, han ido destruyendo el esqueleto espiritual y moral del hombre.

Pero, históricamente, el liberalismo ha sido todo lo contrario: el intento de limitar el poder político, sujetándolo al derecho (primero y fundante) de las personas físicas. Los liberalismos latinoamericanos han fallado porque consideran al estado como la primera persona: la que otorga los

derechos individuales. Es un liberalismo secuestrado jurídicamente y, por tanto, susceptible de caer en las fauces de ese segundo monstruo que perfila Sicilia: técnica, mercado, producción, consumo, publicidad, manipulación del estado y las grandes corporaciones. Pero esto no es el liberalismo, sino su traición.

Puede haber sociedades sin estado —como han mostrado Pierre Clastres en términos políticos y Marshall Sahlins en términos económicos—, pero la idea de un estado sin sociedad es un disparate. El principio original, básico, de los derechos humanos (el que invoca Antígona contra la ley) no puede residir en la abstracción de las instituciones sino en la concreción humana. Y es eso lo más emocionante del movimiento encabezado por Sicilia: no es corporación, ni militancia, ni gremio, sino una manifestación de personas físicas que han sufrido crímenes desatendidos o cometidos por las autoridades.

Es verdad que de las tripas de las sociedades liberales, cuando no han sabido frenar la voluntad de dominio, han surgido monstruos totalitarios. Es un peligro. Pero no hay que confundir las libertades con su perversión. Los liberalismos pueden parir tiranos; otros sistemas los producen necesariamente.

Sicilia señala, con razón, que el liberalismo superficial transforma

el juego democrático en abuso y opresión. Y, de hecho, concuerda con la crítica que ha venido haciendo Krauze. Mientras nuestra constitución política —como todas las latinoamericanas— siga considerando que los derechos humanos no son anteriores al estado, sino concedidos por el estado, no podemos decir que es liberal; es un estatismo con maquillaje liberal.

El disgusto con los resultados de la democracia no solo es mexicano, ya se ve. Parece globalizarse una constante sensación de insuficiencia del estado democrático: no va a ningún lado. Se ha olvidado que esa es su función, porque la democracia no tiene un punto final o definitivo de arriba: es un recurso para avanzar.

El liberalismo es un principio (el de la libertad); la democracia, un recurso (el de la igualdad). Limitados e insuficientes, pero al menos permiten que la sustancia y valores de la vida política queden en manos de una sociedad libre, sin ser dictados desde arriba. Y esa es la labor de la relectura histórica de Krauze: no la propuesta de una ideología, ni el encandilamiento con una democracia o un liberalismo, sino el escudriñamiento de personas históricas y la advertencia ante el verdadero mal: el poder. En eso coinciden ambos.

Sin embargo, para que democracia y liberalismo adquieran sentido, para evitar la vacuidad en su funcionamiento, requerimos de algunas formas de la tecnología —que Sicilia detesta de modo muy particular y con razones poderosas. Sin embargo, propongo dos ejemplos de uso adecuado de la tecnología, uno antiguo y otro contemporáneo. Primero, el de las dos especies sagradas de la cristiandad: ni el pan ni el vino se dan en la naturaleza. Sus materias primas requieren trabajo y cuidado, y su elaboración, tecnología. Lo sabe Javier Sicilia, que también ha sido panadero.

El segundo lo hallo en el movimiento de Paz con Justicia y Dignidad, que fue comprendido, compartido, extendido por las vías de la tecnología sin perder su profunda rai-

gambre humana. No solo eso: merced a la tecnología, mucha gente pudo redescubrir, en sí misma, una dimensión espiritual que tenía adormecida. La tecnología no es enemiga de la esencia humana; de hecho, la lengua y su escritura son tecnología también. El horror consiste en invertir los fines y los medios. La persona no es un medio de producción; la democracia no es un fin; el liberalismo no es una vía de salvación. Dice Sicilia:

La verdadera democracia, la democracia en su sentido real, no es el voto ni las elecciones libres —aunque la apoyen—, no es una cuestión de administraciones institucionales ni de arreglos entre ellas y sus consejos especializados llamados partidos, cámaras y secretarías, mucho menos el libre mercado o el asalto al poder de los redentores; no es, en suma, un sistema, “sino —dice Douglas Lummis— un proyecto histórico que la gente manifiesta luchando por él”. O mejor, una experiencia que repentinamente aparece, en medio del invierno que produce el Estado, “el más frío de los monstruos fríos”, dice Nietzsche, y las fracturas de la historia, como una breve primavera.

Es un despropósito suponer que el estado, organizado para el poder, se hará cargo, solito, de limitar su poder. Por eso, el liberalismo (la limitación del poder) requiere de recursos operativos que impidan la acumulación o la perpetuidad del poder. ¿Infalibles? Ni por asomo. Necesariamente mejorables, y siempre perfectibles. De hecho, podemos apostar oro y moro a que ni el liberalismo ni sus democracias serán, jamás, la utopía cumplida. Pero es política. Tampoco es sensato suponer que la felicidad humana podrá residir en esa constante tensión entre ciudadanos y estado que llamamos política. Por eso es mejor pensar que la sociedad —responsable de darse a sí misma proyecto, valores, leyes— puede quedar en posición de regular y dirigir la cosa pública. Eso requiere labor constante y reparaciones continuas: “primaveras”, las

llama Sicilia, “momentos dichosos en los que la igualdad, la libertad y la fraternidad se realizan en las fracturas del poder y de la historia” —esos momentos que derrumban malos gobiernos, pero fortalecen a las sociedades abiertas.

Celebro los acuerdos, pero quizás celebros más los disensos entre Krauze y Sicilia: de ellos seguirá una conversación que, sin llegar a conclusiones, deje el camino sembrado con ideas y hombres capaces de creer en el otro como prójimo. Y a nosotros, sus lectores, con una luz prendida sobre el fangal de las cosas públicas. —

LITERATURA

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS LETRAS

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

— **C**uando salió del mutismo que lo atrapó los últimos veinte años de su vida, Valery Larbaud solo dijo: “Buenas tardes a las cosas de aquí abajo.”

■ Cuando desapareció, Antoine de Saint-Exupéry volaba un Lightning P-38. Una vidente checa le había dicho: “Evite el mar a partir de los cuarenta años.”

■ Cuando Anton Chéjov murió, su cadáver fue etiquetado erróneamente en el tren que lo transportó. “Ostras frescas”, se podía leer en su ataúd.

■ Cuando Dylan Thomas murió, su editor identificó el cuerpo y tuvo que explicar qué es un poeta. “Escribía poesía”, reza el acta de defunción.

■ Cuando murió, Samuel Beckett había reducido el decir a tonos esenciales. Su lápida, dijo, podía ser de cualquier color mientras fuera gris.

■ Cuando murió, Jorge Luis Borges tenía graves dificultades para leer. Sonrió al entrever la biblioteca diáfana que le brindaba la eternidad.

■ Cuando murió, Italo Calvino diseñaba propuestas para el milenio venidero. Dejó la pluma y entró en una ciudad con nombre de mujer sigilosa.

■ Cuando murió, Albert Camus se

había rehusado a utilizar el cinturón de seguridad. El reloj del Facel Vega Sport marcaba las 13:55 horas.

■ Cuando murió, Rosario Castellanos intentaba conectar una lámpara. Su electrocución sumió a Tel Aviv en una momentánea oscuridad medieval.

■ Cuando murió, Joseph Conrad dominaba cuatro idiomas. Al momento de grabar su nombre en la lápida, sin embargo, se cometieron tres errores.

■ Cuando murió, Honoré de Balzac tenía los ojos abiertos. Cincuenta mil tazas de café bebidas a lo largo de su vida le impidieron cerrarlos.

■ Cuando murió, Fiódor Mijáilovich Dostoievski hinchó los pulmones hasta reventar. En Siberia el hielo se agrietó en medio de un sismo epiléptico.

■ Cuando murió, Gustave Flaubert seguía buscando la palabra exacta. La hemorragia cerebral arrasó con las frases pensadas para su despedida.

■ Cuando murió, Nikolái Gógol caminaba por el filo de la locura. Al fondo del precipicio se agitaban almas muertas envueltas en sus capotes.

■ Cuando murió, Graham Greene sufría los trastornos de la bipolaridad. Dudó entre dedicar su último pensamiento a su esposa o a su amante.

■ Cuando murió, Friedrich Hölderlin festejaba sus bodas de coral con la demencia. Creyó emprender un nuevo paseo hacia la torre de Tubinga.

■ Cuando murió, James Joyce esperaba que llegaran su esposa e hijo. Lo distrajerón los rugidos de leones que se iban a oír desde su tumba.

■ Cuando murió, Franz Kafka había encargado a Max Brod que destruyera sus manuscritos. Ignoraba que hay insectos, castillos y pesadillas indestructibles.

■ Cuando murió, José Lezama Lima se deshizo de la telaraña del asma. Vio así que sus palabras eran las raíces de una enorme ceiba de fuego.

■ Cuando murió, Clarice Lispector tenía casi inmóvil la mano derecha. Con la izquierda se irguió



■ **Georges Perec (1936-1982).**

para seguir el latido de un corazón salvaje.

■ Cuando murió, Jack London creyó que tendría tiempo de atender el llamado de la selva. La marea de la morfina lo arrastró intempestivamente.

■ Cuando murió, Malcolm Lowry patentó un coctel a base de ginebra y amital sódico. El ukelele guardó sus notas finales para un réquiem.

■ Cuando murió, Herman Melville naufragaba en los mares del olvido. A lo lejos, sin embargo, ardía el brillo salvador de la ballena blanca.

■ Cuando murió, Vladimir Nabokov exhaló tres gemidos en escala decreciente. Al otro lado del mundo una mariposa había comenzado a aletear.

■ Cuando murió, Georges Perec diseñaba unas instrucciones de uso para su defunción. El cáncer llegó con todas sus letras para interrumpirlo.

■ Cuando murió por causas no aclaradas y con ropas ajenas, Edgar Allan Poe captó el aleteo de un cuervo. *Que Dios ayude a mi pobre alma*, dijo.

■ Cuando murió, Marcel Proust miraba fijamente las paredes de su dormitorio. El corcho que las recubría ahogaba el rumor del tiempo perdido.

■ Cuando murió, Aleksandr Pushkin ignoraba que su arma había sido manipulada para perder en el duelo. San Petersburgo desfallecía de frío.

■ Cuando murió, Arthur Rimbaud tenía una sola pierna. La otra había decidido amputarla al cumplir los veinte años y se llamaba literatura.

■ Cuando murió, Winfried Georg Sebald conducía un Peugeot 306. La

colisión abrió en el aire un hueco por el que se asomaron los fantasmas de Europa.

■ Cuando murió, León Tolstói se hallaba en la estación de Astápoovo. El oscuro tren de la neumonía llegó puntualmente para que él lo abordara.

■ Cuando murió, Walt Whitman pensaba que al fin podría oír crecer la hierba. Su ataúd de roble se cubrió de flores que seguían germinando.

■ Cuando murió, Oscar Wilde nadaba en las aguas procelosas de la indigencia. “La vida no puede escribirse; solo puede vivirse”, había dicho.

■ Cuando se suicidó, Reinaldo Arenas quería huir del exilio antes que anocheciera. “Cuba será libre. Yo ya lo soy”, escribió en su despedida.

■ Cuando se suicidó, Walter Benjamin olfateaba miedo en el viento de los Pirineos. La morfina fue llevándolo a los brazos de un ángel nuevo.

■ Cuando se suicidó, Paul Celan permitió que el agua del río se mezclara con su sangre. La leche negra de la noche se derramaba sobre París.

■ Cuando se suicidó, David Foster Wallace ponía punto final a una broma infinita. La sogla al cuello fue su última nota a pie de página.

■ Cuando se suicidó, Ernest Hemingway cargó su escopeta favorita con dos cartuchos. La detonación liberó su sangre conquistada por el hierro.

■ Cuando se suicidó, Cesare Pavese pensaba en la mirada de la actriz Constance Dowling. “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”, escribió.

■ Cuando se suicidó recurriendo al *seppuku*, Emilio Salgari había enviado una carta a sus editores. “Los saludo rompiendo la pluma”, concluía.

■ Cuando se suicidó, Virginia Woolf traía los bolsillos llenos de piedras. Dejó a su marido una carta que concluía así: “No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que lo hemos sido nosotros.” —